



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

✱ Año IV ✱ 30 de mayo de 1891 ✱ Núm. 187 ✱



UNA MADRE FELIZ
Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

ENTRE las muchas cosas, sensatisimas unas, sin pies ni cabeza otras, que aparecieron en los periódicos durante el período de efervescencia del *primero de mayo*, hubo de llamarme la atención la donosa especie, vertida por no recuerdo qué *notabilidad*, de que *¡el fin de la vida, de la moral, es el placer!* (Así, con cursiva y todo.)

—¡Y un jamón!—que diría Frontaura.

En efecto: buen placer está eso de la vida.

La afirmación del articulista es buena, buena, buena. De esta hecha van á convertirse al *placerismo* los 500 millones de budhistas que se encuentran tan mal aquí, que su único consuelo es la esperanza de cerrar el ojo cuanto antes para no verse ya metidos en más trotes; los 200 millones de católicos que esperan otra vida mejor que la que pasan en este valle de lágrimas; los 80 millones de mahometanos, á quienes se les hace tarde ir á vivir en el paraíso, etc., etc.

La idea, sí, lo repito, es donosa, donosísima, y tan original que no he vuelto todavía de mi asombro.

¡Al diablo Hámlet, refunfuñando su malhumorado monólogo! ¡Al diablo Quevedo, con su inmortal romance de *El rigor de las desdichas!* ¡Al diablo todos los descontentos, á quienes se les antoja una cárcel este mundo! ¡*El fin de la vida es el placer!* (Música de Chueca.)

Aparte de esto, nada más fácil que esa placentera existencia á que el hombre tiene derecho. Ya hay sabios que tienen hechos unos planos (que es algo más que unos *planes*) para que todo marche bien y el mundo entero sea unas *Folies-Bergères*, con aditamento de unos restaurantes que ni el de Lhardy.

Créese que se encargará de la empresa una casa de París. No habrá *quisque* que deje de poner su cuartito de gallina en el puchero, tener su casita de estilo pompeyano, vestir con elegancia, economía y *comfort*, etcétera, etc. Palco, carruaje, buena mesa, flores, perfumes; nada le faltará al feliz mortal una vez arreglado eso. Ni siquiera se permitirá que los chiquillos sufran nada cuando echen los dienteitos. Desde el primer berrido que daremos al nacer hasta que, cansados de tanto divertirnos, estaremos la pata, ni por un momento dejaremos de entonar, llenos de satisfacción, un corito cuyo estribillo será aquello de

¡Qué alegría da!

¡Qué bonito es!

Pero, hablando en serio, ¡vaya unas predicaciones esas! ¡Afirmar que el fin de la vida es el placer! ¡Como si la vida tuviera algún fin! ¡Como si

Ayuntamiento de Madrid

el mundo fuese más que un tránsito! ¡Como si todo se redujera á eso!

Esos señores me producen el efecto de un ricachón que recorriera, pongamos por caso, los alrededores de Barcelona en busca de un terreno bien alegre, bien situado, bien sano, bien cómodo, donde edificar una torre, y se dijera: —¡Qué buena vida voy á pasarme aquí! Voy á hacer

GRAN FUNCIÓN PARA HOY



1.- El teatro está ocupado por una numerosa y distinguida concurrencia

esto, luego haré lo otro, etc., etc.—(Suprimo el programa por innecesario.) Pero ¿acaso escogemos nosotros el terrenito en que nos hemos de pasar la vida? Ciertamente no. Nos echan á este mundo como de un puntapié. El uno va á parar á un país hermoso; pero los otros (y los más) van á parar á un yermo, á un erial, á una caverna, al fondo de un pozo, y ¡vive Dios que pueden esperar allí muchos placeres!

Por supuesto que, si fuese dable que todo el mundo *hiciese aquí su placer* (para valerme de un galicismo), yo me horrorizaría de una mane-

ra atroz; porque ¡vaya V. á saber con lo que se divierte cada uno! Conoci yo á un sujeto cuyo mayor placer consistía en aplicarse sanguijuelas á las piernas, mientras que otro, que era médico, no podía disimular la alegría que le retozaba en el cuerpo cada vez que firmaba una papeleta de defunción. Así es que, por mi parte, me escamaria algo conceder á la humanidad el derecho al placer. Me estremezco al pensar lo que sería de nosotros siuviésemos que darles por el gusto á los antropófagos.

¡El derecho al placer!—No conozco nada más imposible,—como diría cualquier diputado. Para mí es un placer, verbigracia, oír música de Wagner, y me atacan los nervios los toques de corneta, mientras que á la inmensa mayoría les pasa lo contrario. ¿Cómo compaginaremos los gustos de cada individuo? ¿Qué legislador definirá cuáles son los placeres legítimos y los ilegítimos? ¿Quién se encargará de poner coto al abuso de los mismos, ya que cualquier ligero exceso en ellos conduce á la enfermedad?

Yo ya sé que hay gustos que merecen palos; pero, como hombre, mil veces más preferiré siempre morirme de dolor que no morirme de placer.

En fin, *pamplinas* todo, que nada resuelven y sólo sirven para acabar de trastornar los sesos á los que ya los tienen flojos.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

UN POCO DE FÍSICA

COLORES DE LOS CUERPOS TRASPARENTES

Los cuerpos ó medios dotados en el más alto grado de transparencia, como el aire, el agua y el cristal, no poseen la propiedad de la transparencia en absoluto, pues absorben una parte más ó menos considerable de la luz que los atraviesa, según sea su espesor. Cuando la luz que penetra en un medio transparente es una luz blanca, y después de su paso continúe lo mismo, dicese que es una luz incolora, fenómeno que se explica de un modo muy sencillo, ya admitiendo que no había absorción de ninguno de los rayos coloreados que componen la luz blanca, ó bien, si ha tenido efecto esta absorción, que ha sido la misma para todos los rayos. El aire, algunos gases simples ó compuestos y el agua, son medios transparentes incoloros, sucediendo lo propio, aun cuando en espesores mucho menores, en el agua, el vidrio y ciertos cristales. En realidad, esta propiedad no es más absoluta que la transparencia. La luz transmitida por capas de aire suficientemente espesas, está matizada por diferentes colores, que varían del azul más ó menos intenso al amarillo y al rojo. Estas últimas tintas son propias de las capas más bajas de la atmósfe-

Ayuntamiento de Madrid

ra, vistas un poco antes ó después de la puesta del sol. El agua adquiere también una tinta que depende de su pureza y de su profundidad en los ríos, en los lagos y en el mar. Por último, todos sabemos que el vidrio, que aparece absolutamente incoloro cuando tiene muy poco espesor, se tiñe de matices que dependen de su composición cuando se trasmite la luz blanca al través de placas más gruesas. Obsérvase también, y de un modo más marcado, esta coloración de los medios transparentes de los cuerpos, ó medios que son simplemente diáfanos.



2.—Excelentes actores



3.—Un dúo tiernísimo

Las placas de vidrio de color puestas sobre un fondo negro son casi invisibles, sucediendo lo propio con los líquidos transparentes coloreados contenidos en vasijas de paredes oscuras, ya que es la luz transmitida y no la reflejada la que nos los hace visibles. Así, por ejemplo, un vidrio rojo es el que, dando paso á los rayos rojos, absorbe ó extingue los demás rayos del espectro de la luz blanca, ó que por lo menos absorbe estos rayos en mucha mayor proporción que los rojos. En cambio, los vidrios y los líquidos amarillos, verdes, azules y morados, son los que no dejan pasar sino los rayos de los mismos colores, absorbiendo á los demás casi en su totalidad.

El bisel de vidrio azul cobalto, unido á un prisma de vidrio blanco que forme con él una lámina de caras paralelas, parece azul, oscureciéndose gradualmente desde su parte más tenue hasta cierto espesor, pasado el cual, como ya predomina el rojo, el vidrio parece de este color, cambiando así de matiz conforme varía la proporción de los rayos absorbidos. Esta tinta roja procede, indudablemente, de los rayos rojos extremos, más vivos que los morados.

Ayuntamiento de Madrid

Los verdes y las soluciones de sales de cobre ó níquel, que absorben principalmente los rayos de los colores extremos rojo y morado, tienen una tinta verde, tanto más marcada cuanto mayor es su espesor. El percloruro de hierro, el cloruro de oro y el vino de Oporto, que absorben los rayos más refrangibles y casi dan paso del mismo modo á los rayos rojos y á los amarillos, parecen de este último color si tienen poco espesor; pero se oscurecen si éste se aumenta, llegando hasta el rojo.

Dos líquidos, el uno rojo y el otro verde ó azul, forman, mezclados, un medio divisico, con tal que su mezcla no dé lugar á una combinación química.

Hay cuerpos gaseosos de coloración particular; por ejemplor: el vapor de iodo, cuya magnífica tinta morada ha dado su nombre al metaloide. El ácido nítrico despidе vapores blancos al aire libre, y el hiponítrico densos vapores rojizos. Citaremos, por último, el cloro, cuyo nombre proviene del vapor amarillo de este gas.

El aire, que, como nadie ignora, es una mezcla de dos gases, oxígeno y nitrógeno, y que además contiene ciertas proporciones de gas ácido carbónico y también vapor de agua, posee el color azul de todos conocido, y que se modifica, se oscurece y aclara según las circunstancias atmosféricas. Dicho color es propio de la mezcla gaseosa misma, que absorbe los vapores azules de la luz blanca del sol, transmitiendo únicamente los rojos; de modo que el color azul no se ve por reflexión, ya en las moléculas del mismo aire, ó bien en las del vapor del aire en suspensión. Cuestión es esta que aun no se ha podido resolver, ó, por lo menos, cuyas varias soluciones tiene muy divididos á los más competentes físicos.

TRINIDAD DE LA ROSA

«SOPAENVINO»

BOCETO DE MI TIERRA

(A MIS QUERIDOS AMIGOS SOLANO, ALCAÑIZ Y LA RICA)

YA había llegado la risueña aurora, disipando las *oscuras* sombras nocturnas, cuando *Sopaenvino*, como le nombraban en su pueblo, por tener en el rostro un manchón amoratado, salía de su casa á horcajadas sobre un flaco y viejo jumento, sujetando con sus desaseadas manos una cestilla llena de uvas, cuyo fondo chorreaba espeso y dulce mosto.

—¡Que no las vendas á menos de diez céntimos la libra!—le gritaba desde la puerta de su casa su madre.

—¡Que no señora!—contestaba el muchacho llevándose á la boca un grano de uva.

Ayuntamiento de Madrid

Y, golpeando con los tacones de sus estropeados zapatos en la panza del cuadrumano aquel, empezó á cantar con voz chillona y penetrante:

El agua de mi lugar
es como perlas de fina...

—¡Arre, arre, borrico, que *paece* que te mueres!

...por eso son tan barbianas
todas las hembras que cría.

—¡Arre, arre, *condenaot*

Y el borrico, que sin duda le pesaban más los años que las uvas, avanzaba con mesurado paso por la carretera que existe desde la pequeña villa de Taracena á Guadalajara.

La mañana no podía ser más agradable.

El sol, con sus brillantes destellos, empezaba á dorar todos aquellos contornos, y el cielo, de un azul purísimo, no albergaba ni el más diminuto átomo de celaje.

Las tierras que á los dos lados de la carretera se dilataban, presentábanse á la vista del muchacho completamente *rapadas* por la corva segur del labrador, y multitud de alegres pajarillos, posados en los verdosos arbustos de la carretera, entonaban al *blondo* Apolo sus más melodiosos cantos.

Sopaenvino, en su afán de no estarse ni un minuto quieto, se entretenía en tirar granos de uvas á las revoltosasavecillas, cosa que estuvo á punto de costarle cara; pues, al dejar una vez solo el canasto para tirar á un gorrión, por poco no vinieron todas las uvas al suelo.

—¡Este borrico!—gritaba aquel chiquillo, queriendo culpar al pobre animal.—¡Como se caigan las uvas te mato á palos lo mismo que lo digo!

El jumento, por toda respuesta, sacudió las orejas y siguió silencioso su pausado andar.

—¡Gracias á Dios que se divisa ya Guadalajara, donde venderé á quince céntimos las uvas, guardándome un perro chico de cada libra!—dijo *Sopaenvino*, incorporándose cuanto pudo sobre el burro para ver mejor.

Verdaderamente: desde allí se distinguían con claridad las renegridas fachadas del fuerte de San Francisco, el convento de San Bernardo, la altísima torre de Santa María, y todos los vetustos edificios que al borde del barranco de la Alaminilla se elevaban.

—¡Arre, borrico!—gritaba *Sopaenvino* á su asno viendo que acortaba el paso.

En aquel momento pasó á su lado un hombre de su pueblo, y le preguntó:

—¿Vas al mercado, *Sopaenvino*?

—Sí, señor,—le contestó el muchacho, más alegre que unas pascuas.

—Pero ¿está loca tu madre al mandarte á ti con esa comisión?



CASTILLOS DE ARENA
Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

MARGARITAS... A GATOS

—¡Quiá! ¿Se apuesta V. á que vendo hasta la banasta?

—Veremos, dijo el ciego,—le contestó aquel campesino. Y se elejó con dirección á su pueblo.

Sopaenvino arreó el burro, y ya estaba cerca del puente de la Alaminilla cuando divisó á cuatro aldeanas, *señoras* en otros tantos jumentos.

Eran también de su pueblo, y venían de la boda de una parienta, ataviadas con lo mejorcito de su ropa.

Una de ellas, agobiada por abultada joroba, iba fuertemente asida al aparejo, y, por temor á caer, ni siquiera osaba volver la cabeza á ninguna parte.

—¡Por allí viene *Sopaenvino*!—gritó una de aquellas agrestes hembras, al mismo tiempo que se apeaba de la cabalgadura.

La infeliz jorobada, al oír aquello, púsose á temblar é intentó también apearse.

—¡Miala! No seas miedosa, mujer, que *Sopaenvino* ya no es tan Judas como antes,—dijo otra mujer apeándose.

—Pues ¿por qué te apeas tú?—gritó la jorobada.

—¡Toma! Pues porque me canso. Yo á ese chico no le tengo miedo, porque con darle un pescozón...

Pero, aunque hablaban así, todas llevaban su correspondiente miedo, porque demasiado sabían que *Sopaenvino* era muy mal intencionado.

La contrahecha, á pesar de las razones que sus compañeras le daban, temblaba cual si azogue tuviese, y en tanto *Sopaenvino* ya estaba junto á sus paisanas.

—¡Hola, *Sopaenvino*!—dijo una de ellas cuando ya estuvieron cerca.

—¿Vas al mercado?—le dijo otra.

Sopaenvino callaba como un zorro: sin duda ideaba alguna picardía.

—¿A cómo das las uvas?—le preguntó la jorobada.

De pronto, y aprovechando el momento en que ésta pasaba vuelta de espaldas, *Sopaenvino* le arrojó un espachurrado racimo de uvas, que fué á estamparse contra un abigarrado pañuelo de flores que la jorobada llevaba en las espaldas, al mismo tiempo que decía:

—Mis uvas no son para las *chepas*.

Lo mismo fué verse la jorobada el pañuelo lleno de mosto que, apeándose del borrico, asió al muchacho por las piernas. Este soltó la cesta, cayendo uvas y chico en la polvorienta carretera.

Sopaenvino ni siquiera se meneaba para no espachuchar algunos racimos que aun estaban intactos; pero la jorobada le pisaba el vientre y la cabeza, diciéndole:

—¡Toma, perro, toma! Dime ahora *chepa*. Ponme ahora papeles de colores en la espalda, como el otro día.

—¡Ay, ay! ¡Tía jiba, escarabajo bolero, tía jaulera!—gritaba el muchacho con desesperación.

Las otras campesinas se desternillaban de risa, y ni siquiera intentaban separar á la contrahecha.

Por fin la mujer se cansó de pegar á *Sopaenvino*, el cual parecía en aquel momento una *sopa en uva*, y, agarrando el ramal de su caballería, se alejó de allí seguida de las otras mujeres.

Sopaenvino se levantó del suelo, sucio y magullado, y con toda la fuerza de sus pulmones empezó á vilipendiar á las campesinas.



4.—Concertante

—¡Vuelve á por uvas!—le gritaban éstas riendo á carcajada tendida.

Inútil será advertir que, cuando el muchacho volvió á su pueblo, triste y lleno de polvo y mosto, ni siquiera dijo una palabra de lo que le había sucedido. Si le preguntaban en su casa, decía que se había caído en una cuneta de la carretera con burro y todo.

Su madre no le creyó, y *Sopaenvino* recibió una paliza morrocotuda.

Un día estaba tomando el sol en la plaza de su pueblo y acertó á pasar el campesino que se había encontrado aquel memorable día en la carretera, y le preguntó:

—¿Vendiste las uvas?

—Sí, señor,—contestó al ver á la jorobada al lado de ellos haciendo media;
—me las compró una *chepuda*.

LUIS CORDAVIAS

Ayuntamiento de Madrid

FLOR SIN AROMA

(A MI QUERIDÍSIMA Y SIMPÁTICA AMIGA LOLA SÁNCHEZ, EN PRUEBA DE VERDADERO AFFECTO)

UNA tarde en que la primavera lucía sus más encantadoras galas, complaciéndose la Naturaleza en dotarla de incomparables primores, paseaba un caballero con un niño de ocho años, de la mano, por los pintorescos sitios del Retiro.

Aquellos dos seres estaban unidos por los estrechos lazos de padre é hijo. El primero iba como distraído, y acaso despreciara cuantas notabilidades le rodeaban, pensando en preparar el más brillante porvenir á su amado Pablo; y éste, el segundo, fijaba profunda atención, á la vez que sus inteligentes ojos, ya en el conjunto admirable de las plantas, ya en la bóveda azulada, cuya inmensa extensión mostraba claro y limpio azul.

Pablo era guapo: rubia y ensortijada melena descansaba sobre sus débiles hombros. La boca diminuta, los hermosos y melancólicos ojos, cuya intensa mirada parecía querer abarcar todos los enmarañados mechoncillos que caían sobre su despejada frente, y la extremada palidez que cubría sus frescas mejillas, dábanle un aspecto amable, simpático y humilde, pero precoz y despejadísimo.

Cortando sus íntimos pensamientos, D. Antonio, como llamaremos al padre de Pablo, dijo á éste con cariñoso acento:

—¿Qué piensas, querido Pablo? ¿Quieres jugar con tus amigos, que, como ves, se divierten con aros, pelotas y raquetas? Mira qué cerca tienes á tu buen Joaquinito: corre con él.

—Amado papá,—respondió Pablo;—¿quieres creer que no disfrutaría jugando con mis amigos? Pero, en cambio, ¡cuánto gozaría entre aquellos!

Y señaló con su blanca manecita dos hileras de niños que, vigilados por respetables señores, paseaban juiciosos con el mayor orden: eran los alumnos internos del colegio de P.

D. Antonio, ahogando un suspiro en su garganta y haciendo esfuerzos por que pasase desapercibido á Pablo lo desagradables que le fueron sus palabras, objetó:

—Hijo mío, no sabes apreciar el cariño que tus amantes padres te profesan. ¿Crees que tus delicados miembros, acostumbrados en el invierno á no salir de una habitación donde no se perciben las crueldades de la estación en lo más mínimo, serían capaces de resistir sin gran peligro el frío, aliviado sólo por el poquísimo calor que repartirá una mala estufa en el inmenso salón de estudio ó en el no menos extenso comedor? ¿Comerías de igual modo que en casa, es decir, de lo que se te antojara? ¿Podrías mandar, como haces, á servidores que sólo esperan tus órdenes para hacer inmediatamente lo que quieres?

—¡Ah, papá!—repuso Pablo.—No sabes lo que os quiero á mamá y á ti; mas por eso, porque os amo mucho, y porque deseo demostraros mi cariño, quiero estudiar, estudiar mucho, pues entiendo que á todos los padres complace tener hijos aplicados. Es cierto que en casa me obedecen los criados y mamá y tú satisfacéis mis gustos; pero ¿no comprendes quizás que mis impertinencias son causadas por mi aburrimiento? Si yo tuviera en que ocuparme con precisión, como aquellos á quienes desearía acompañar, cree que, cual ellos, sufriría sin perjuicios los rigores de la húmeda temperatura del invierno. ¿No son seres humanos como yo?



5.—Una siesta con acompañamiento de violines dormitivos

—Sí; pero debes saber,—dijo D. Antonio,—que la mayor parte estudian por lograr el título de una carrera que otro día les proporcione la subsistencia, y tú, gracias á Dios, no necesitas preocuparte para conseguir tal.

—Bueno, papá,—prosiguió Pablo en tono sumiso al notar que aquél se malhumoraba;—dejemos esta conversación que tanto me entristece, puesto que nunca consigo lo que tan feliz me haría.

D. Antonio pareció no poner atención á las últimas frases de su hijo y siguió abstraído en sus ideas.

Pablo, cuya imaginación de fuego estaba condenada á sufrir, también continuó ensimismado, pensativo, creyendo ver quizá en medio de su angustia, y á través de vaporoso velo, un mundo mejor.

Del cerebro de aquel niño, siempre meditabundo, pugnaba por salir y darse á conocer con claridad un talento sin límites; mas, como no podía conseguirlo, consumíale la pena, haciendo de aquella inteligente criatura un ser casi impertinente.

.....
 Dos años después de ocurrido lo anterior, paseaba con tristísimo aire, en Ayuntamiento de Madrid

el más apartado lugar del Retiro, un caballero vestido de riguroso luto.

La primavera había vuelto y hacía una tarde magnífica; pero la dicha de ir acompañado D. Antonio (pues éste era el melancólico caballero) de su amado Pablo, había tocado á su fin para siempre.

D. Antonio fijó su apenada mirada en un rosal cuyos tiernos capullos encontrábanse en lastimoso estado á causa del abandono del jardinero. Aquellos mustios botoncillos, dispuestos á ofrecer suave perfume y especial fragancia, habían sucumbido antes de tiempo por falta de cuidado. Así murió Pablo, ahogando en su pecho notables facultades y quebrantado por no poder hacer uso de ellas. Bien se arrepintieron sus padres de no haber satisfecho su inclinación, mas fué tarde, y sólo les quedaron en el mundo, después de la muerte de Pablo, tristes recuerdos é innumerables pesares, consolados sólo al pensar que se hallaría con los ángeles aquel ser que fuera su flor idolatrada, tan cruelmente segada por la Parca antes de esparcir por el mundo su aroma.

SOLEDAD MARTÍN Y ORTIZ DE LA TABLA

NUESTROS GRABADOS

UNA MADRE FELIZ

Héla ahí tan satisfecha con sus dos pimpollos, respirando alegría y bienestar. Digna es de encomio su conducta, pues esa señora es nada menos que una eminente autora inglesa, gente acostumbrada, por lo general, á hacerse retratar á solas.

CASTILLOS DE ARENA

Castillo que, á pesar de la buena voluntad de sus edificadores, se vendrá abajo al momento. Adagio antiguo es que no hay que edificar nunca sobre arena.

MARGARITAS... Á GATOS

No es otra cosa lo que está haciendo esa pobre niña: quiere complacer y divertir al gato regalándole con margaritas, y el Micifuz, como es natural, recibe el presente con la mayor indiferencia. Digamos, sin embargo, en honor á la verdad, que esas margaritas no son como las de la fábula de Esopo, sino que pertenecen al reino vegetal; pero lo mismo sería aunque fuesen perlas.



Ayuntamiento de Madrid

CUENTOS ESLAVOS

LA BRUJA Y LA HERMANA DEL SOL

En cierto remoto país vivían, en otro tiempo, un rey y una reina que sólo tenían un hijo: el príncipe Iván, mudo de nacimiento. Un día, cuando ya rayaba en los doce años, fué á la cuadra para ver á un lacayo que le apreciaba mucho.



6.—Gran coro final. (Se suprime el baile)

Este lacayo solía contarle cuentos, y en aquella ocasión el príncipe Iván fué á verle, esperando oír alguno nuevo; pero el lacayo se limitó á decirle:

—Príncipe Iván, vuestra madre tendrá pronto una hija, y vos una hermana, que será una bruja terrible y devorará á sus padres y á todos sus súbditos. Id á pedir á vuestro padre el mejor caballo que tenga, como si tratarais de dar un paseo, y entonces, si queréis evitar el daño, alejaos en la dirección que mejor os parezca.

El príncipe Iván corrió en busca de su padre, y por la primera vez en su vida le habló.

Maravillado el rey, y rebotando de contento, no pensó en preguntar á su hijo para qué necesitaba un buen caballo, é inmediatamente dispuso que ensillaran el mejor para el príncipe.

Iván montó y alejóse al rápido galope de su corcel, sin cuidarse de la dirección que seguía.

Después de caminar largo tiempo, llegó á un sitio donde se hallaban dos ancianas cosiendo, y les rogó que le permitieran quedarse con ellas; pero rehusaron, diciéndole: Ayuntamiento de Madrid

—Mucho gusto tendríamos en ello, príncipe Iván; mas ahora nos resta poco tiempo de vida: cuando hayamos roto las agujas que contiene ese alfilerito y gastado una madeja de hilo, dejaremos de existir.

El príncipe experimentó un profundo pesar y continuó su marcha. Ya muy lejos de aquel sitio, llegó á la morada del gigante Vertodub, y, acercándose á éste, le dijo:

—¿Me permitiréis quedarme á vivir aquí, en vuestra compañía?

—Con mucho gusto consentiría en ello, príncipe Iván,—contestó el gigante;—pero ahora me queda ya muy poco de vida. Tan pronto como haya desarraigado esos árboles que veis, la hora de mi muerte sonará sin remedio.

Más apesadumbrado aún, el príncipe continuó su camino, y, ya muy lejos, encontró la morada del gigante Vertogor, á quien dirigió la misma súplica que á Vertodub.

—Con mucho gusto aceptaría, príncipe Iván,—le dijo,—si no fuera porque á mí me queda ya poca vida. Ya sabéis que estoy aquí para nivelar las montañas, y, apenas lo haya hecho con esas que veis, moriré sin remedio.

El príncipe Iván no pudo contener sus lágrimas, y continuó su marcha hasta llegar á la morada de la hermana del Sol, la cual le recibió muy bien, dióle de comer y beber, y tratóle como si fuese su propio hijo.

El príncipe podía vivir allí cómodamente; pero nada bastó para disipar su tristeza, porque ansiaba saber lo que sucedía en su casa.

Con frecuencia subía á la cumbre de una alta montaña y desde allí contemplaba el palacio en que había nacido, siéndole fácil reconocer un gran trastorno, pues sólo quedaban las paredes, sin que se viera ningún ser viviente. Iván no podía menos de llorar ante semejante espectáculo siempre que iba á la montaña, y un día, al volver de su paseo, la hermana del Sol le dijo:

—¿Por qué tenéis enrojecidos los ojos, príncipe Iván?

—Porque me ha tocado el aire,—contestó.

Otro día la hermana del Sol le hizo igual pregunta, y, como Iván le contestase lo mismo, mandó al viento que no soplara. Al día siguiente Iván volvió á presentarse con señales de haber llorado, y, como esta vez no le era posible echar la culpa al aire, fuéle preciso confesarlo todo, y terminó rogando á la hermana del Sol que le permitiera marchar, para enterarse él mismo de cuanto había pasado. La hermana del Sol se negó al principio; pero tan reiteradas fueron las súplicas de Iván que al fin consintió en dejarle ir. Sin embargo, antes de que se pusiera en marcha, entrególe un cepillo, un peine y dos manzanas que tenían la virtud de hacer recobrar la juventud al que comiese una, por viejo que fuese.

(Se concluirá)

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA
Ayuntamiento de Madrid